

ISAAC ASIMOV
LO MEJOR DE LA CIENCIA FICCION
DEL SIGLO XIX
(I)

**SUPER
FICCION**



ISAAC ASIMOV, quizás el más importante escritor de ciencia ficción de todos los tiempos, presenta una magistral antología de relatos del nacimiento de la ciencia ficción: el siglo XIX.

Introducción: El primer siglo de la ciencia ficción

Todo entusiasmo aspira a la respetabilidad, y una forma de conseguirla es demostrar que es viejo, incluso antiguo. El respeto se adhiere a todo lo que luce canas, y muchas veces cualquier viejo estúpido es tratado con reverencia simplemente debido a su pelo blanco y a su talento para la supervivencia.

Puede que ésa haya sido la causa de que algunos proclamen que existen datos suficientes como para afirmar que la ciencia ficción es una literatura antigua. Para conseguir eso, lo único necesario es ampliar la definición.

Supongamos que consideramos la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de lo imaginativo y lo no familiar. En tal caso prácticamente cualquier fantasía, cualquier leyenda, cualquier relato de viajes, podría ser ciencia ficción. Cuando nació el lenguaje, debieron de contarse una gran cantidad de mentiras en torno al fuego, relativas a las grandes hazañas de los cazadores de la tribu; también eso podría ser considerado ciencia ficción.

Sin embargo, si deseamos mantenernos dentro de la literatura formal y ceñirnos a esas porciones de ella que son más o menos familiares a nuestra cultura, deberíamos empezar con la *Odisea* de Homero, escrita aproximadamente en el 800 a. C. Si estamos dispuestos a considerar a los cíclopes, a las brujas y a los monstruos como pertenecientes al registro de personajes de la ciencia ficción, entonces la *Odisea* es no sólo la primera, sino la obra de más éxito

de toda la ciencia ficción jamás escrita. Después de todo, ¿qué otras obras de ciencia ficción escritas hasta ahora pueden tener la seguridad de ser aclamadas como un clásico eterno después de veintisiete siglos?

Por otra parte, si queremos ser más restrictivos deberíamos definir la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de los aspectos de lo imaginativo y no familiar que se han empezado a aceptar como «cienciaficcionistas».

En ese caso, el primer relato de ciencia ficción que conocemos podría ser la *Historia vera* de Luciano de Samosata, escrita hacia el 150 de nuestra era, es decir casi mil años después de la *Odisea*. El protagonista de la *Historia vera* es arrastrado hasta la Luna por una tromba marina. Todo tipo de imaginativos monstruos son descritos como habitantes de la Luna, y seguramente nada puede ser más cienciaficcionístico que un viaje a ese satélite que da vueltas en torno nuestro.

Sin embargo, todavía no es suficiente. Después de todo, Luciano estaba escribiendo simplemente un relato de viajes. Llamó a la exótica tierra en la que aterrizó su héroe «Luna», pero igual podría haberla llamado «África», o darle el nombre de alguna isla imaginaria en medio del mar.

Supongamos, pues, que deseamos definir la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de las cosas imaginativas y no familiares pero que intenta, pese a todo, ser realista y reflejar el universo tal cual es. En ese caso, deberemos buscar mucho después de Luciano.

El astrónomo alemán Johann Kepler escribió un relato titulado *Somnium*, publicado póstumamente en 1634, casi quince siglos después de la *Historia vera*. Aquí también tenemos a un protagonista que se descubre a sí mismo en la Luna (esta vez llevado por los espíritus). De nuevo nos encontramos con un mundo poblado por extrañas y monstruosas formas de vida.

Sin embargo, la diferencia crucial radica aquí en que Kepler da a la Luna un día de dos semanas y una noche tam-

bién de dos semanas, lo cual es astronómicamente un hecho. Ésa fue la primera intrusión de la auténtica observación en lo que de otro modo hubiera sido una simple obra de fantasía.

Pero tampoco eso es suficiente. El avance y el retroceso de la luz solar en la Luna no constituyen factores humanos. No requieren ni ciencia ni tecnología para ser comprendidos; simplemente, una observación ocular inteligente.

La auténtica ciencia ficción trata de la ciencia humana, con el constante avance del conocimiento y la constante habilidad de los seres humanos para conseguir comprender mejor el universo e incluso alterar algunas partes de él, mediante su ingenio, para su propio confort y seguridad. Y si es así, la ciencia ficción se convierte entonces en un fenómeno enteramente moderno, y no puede reclamar la respetabilidad de una avanzada edad.

¿Por qué ocurre así? ¿Acaso los seres humanos no han aprendido cosas nuevas y alterado su entorno desde los tiempos más remotos? ¿Quién sabe cuándo fueron usados los trajes por primera vez, o cuándo la primera rama o el primer fémur fueron utilizados como maza? En cuanto al descubrimiento del fuego, es anterior al *Homo sapiens*, puesto que fue una invención del *Homo erectus*, de cerebro más pequeño.

No obstante, a lo largo de casi toda la historia humana tales adelantos se realizaron tan lentamente y se esparcieron a partir de su punto o puntos de origen tan gradualmente que los seres humanos, a nivel individual, no fueron particularmente conscientes del cambio en el transcurso de sus propias vidas. Como máximo, llegaron a asumir que algún dios o algún legendario antepasado habían inventado la tecnología que utilizaban, y eso era todo. Las cosas les llegaban ya completas.

Sin embargo, una de las características de la tecnología es el ser acumulativa. Cuanto más avanza, más de prisa avanza y más posible hace nuevas y mejores vías de experi-

mentación y observación del universo. En el siglo XVII la tecnología, gracias a los telescopios, microscopios, relojes, etc., dio el gigantesco salto hacia la moderna ciencia. Y cuanto más avanza la ciencia, más fácilmente puede guiar a la tecnología a nuevos y más rápidos adelantos.

A la larga, este fenómeno de grandes saltos aceleró el progreso de la tecnología de tal manera que el cambio empezó a hacerse claramente visible en el lapso de una vida humana.

Los individuos son conscientes de que el mundo está cambiando, y que son el pensamiento y el ingenio humanos quienes constituyen el agente del cambio.

Llegados a este punto, se hizo posible escribir acerca de un mundo que estaba cambiando e intentar pronosticar, o anticipar, o simplemente presentar de forma plausible, cambios adicionales que aún no habían tenido lugar pero que podían tener lugar, y describir cómo tales cambios podían afectar a los seres humanos.

Podemos definir pues la ciencia ficción como la rama de la literatura que trata de las respuestas humanas a los cambios al nivel de la ciencia y la tecnología..., entendiendo que los cambios implicados deben ser racionales y acordes con lo que se sabe de la ciencia, la tecnología y los seres humanos.

Así pues, la auténtica ciencia ficción, según su moderna definición (o al menos, según *mi* moderna definición), no pudo haber sido escrita antes del siglo XIX, debido a que sólo tras el inicio de la revolución industrial en las últimas décadas del siglo XVIII la aceleración del cambio tecnológico fue lo suficientemente grande como para que éste fuera observado en la duración de una vida..., en las áreas del globo afectadas por dicha revolución.

De hecho, se ha puesto de moda considerar *Frankenstein*, de Mary Shelley, obra publicada en 1818, casi dos si-

glos después del *Somnium*, como el primer relato de auténtica ciencia ficción.

Eso no quiere decir que la ciencia ficción tenga que bajar avergonzada la cabeza porque sólo tiene dos siglos de antigüedad. Al contrario, debería enorgullecerse de constituir la respuesta literaria a la coronación del triunfo de la humanidad, simbolizado por la ciencia y la tecnología modernas. Debería anunciar públicamente y en voz muy alta el hecho de que trata de la gran verdad de los tiempos contemporáneos: el rápido cambio.

La ciencia ficción es joven porque es la literatura de hoy y, más que eso, de mañana.

Naturalmente, puesto que la ciencia ficción tiende a ir por delante de la ciencia y la tecnología en las que está basada, la tendencia es concentrarse en la ciencia ficción contemporánea, y los grandes escritores del primer siglo de vida de la ciencia ficción suelen ser olvidados.

El gran escritor de ciencia ficción del siglo XIX que todo el mundo conoce es Jules Verne. En realidad, fue el primer escritor de ciencia ficción *profesional*, el primero en vivir bien de una carrera literaria que estuvo dedicada primordialmente a la ciencia ficción. Su primer gran éxito fue *Cinco semanas en globo*, obra publicada en 1863, medio siglo después que *Frankenstein*.

Pero si bien Verne fue con mucho el más grande escritor de ciencia ficción del siglo XIX, no fue el único. Los adelantos de la revolución industrial prendieron la imaginación de europeos y americanos, y muchos de ellos escribieron con entusiasmo, y a veces con temor, de los anticipados cambios aún por venir, y lo hicieron con variables grados de penetración.

En esta antología, Martín, Charles y yo hemos reunido las obras de un cierto número de esos escritores de ciencia ficción del siglo XIX; en primer lugar, porque son interesantes documentos sociales, presentando de una forma efecti-

va los puntos de vista de hombres y mujeres imaginativos enfrentados a un mundo que empezaba a convertir los vientos del cambio en un torbellino; en segundo lugar, porque sus relatos son precursores de la ciencia ficción del siglo XX, y, en tercer lugar, porque son interesantes en sí mismos.

Retrocedan pues con nosotros al primer siglo de la ciencia ficción.

El hombre de la arena

por E. T. A. Hoffmann

E. T. A. Hoffmann (1776-1822) fue un letrado, artista, músico, crítico y escritor de gran talento. Romántico y pionero en la ficción psicológica, su música influenció a Wagner, sus críticas recibieron el reconocimiento de Bach y Beethoven, y sus escritos fueron adaptados en varias óperas, al tiempo que inspiraban a Poe, Gogol y Dostoievski.

De gran inteligencia, nació en Königsberg, Alemania, y creció y se educó con unos familiares tras el divorcio de sus padres. Su infancia no fue particularmente feliz, pero dio forma a una inestimable amistad que duraría toda su vida con su compañero de estudios, Theodor Hippel. Mientras Hoffmann progresaba estudiando la tradicional carrera legal de la familia, se le permitió que dedicara tiempo también a la música y al arte.

Cuando fue admitido en la universidad local en 1792, trabajó intensamente y bien. Sin embargo, trabó relación amorosa con una mujer casada de la que recibía lecciones de piano.

De modo que, tras su graduación en 1795, sus familiares lo enviaron a otra ciudad para proseguir sus estudios. Completó exámenes superiores (*Referendar* y *Assessor*) en 1798 y 1800, pero por aquel entonces, quizás a causa de su aventura romántica, la música se había convertido en el principal foco de su vida. De todos modos, aceptó un nombramiento del gobierno para Posen, destacando allí duran-

te dos años. Luego, una serie de caricaturas militares hechas por Hoffmann causaron un escándalo y, como solución de compromiso, recibió un ascenso a *Regierungsrat* (consejero gubernamental) y el traslado inmediato a un oscuro pueblo polaco. Odió Plock pero, libre de distracciones externas, estudió teoría de la música, compuso y publicó críticas de música y literatura.

En 1804 Hippel había ganado una gran influencia, y consiguió que Hoffmann fuera trasladado a Varsovia. Allí, Hoffmann se vio inmerso en la sociedad musical que fundó. Sin embargo, Napoleón capturó la ciudad, obligando finalmente a Hoffmann a trasladarse a Berlín. Hoffmann no encontró trabajo como abogado, de modo que puso un anuncio ofreciéndose como director musical. El teatro de Mamburg lo contrató en 1808, pero le pagaba menos de lo que necesitaba y, bajo grandes presiones financieras, empezó a colaborar con reseñas musicales y relatos en la *Allgemeinemusikalische Zeitung*. En 1810 fue publicada su primera colección de historias, y empezó a trabajar en su ópera *Ondina* (basada en un cuento de hadas de Fouqué).

En 1814 Hippel le consiguió a Hoffmann un puesto en el Tribunal Supremo. Dos años después, la vida de Hoffmann parecía asegurada: presidente del tribunal, un famoso autor de gran demanda y un compositor operístico de éxito. Sin embargo, bebía excesivamente, sufrió serias enfermedades y gastaba más de lo que ganaba.

Finalmente, en 1818, el rey Guillermo cometió el desastroso error de nombrar a Hoffmann presidente de un comité para investigar «actividades demagógicas». Hoffmann, que básicamente era justo y apolítico, bloqueó todos los intentos de una caza de brujas, y procedió a satirizar a uno de los amigos del rey por sugerir tales tácticas.

Esta vez ni siquiera la influencia de Hippel hubiera podido hacer nada, de no ser por el hecho de que una misteriosa enfermedad (posiblemente *tabes dorsalis*) había empezado a paralizar a Hoffmann. Recibió una reprimenda ofi-

cial, pero pudo seguir escribiendo hasta que la enfermedad terminó con él.

Muchas de las historias de Hoffmann están impregnadas de elementos fantásticos y de ciencia ficción, tales como robots humanoides. Es un escritor sutil que a menudo utiliza formas experimentales e imágenes sinestésicas. Y como demuestra *Der Sandmann*, su fuerza reside en un poderoso estilo narrativo, vividas caracterizaciones patológicas y convincentes presentaciones realistas de elementos grotescos y sobrenaturales.



NATHANAEL A LOTHAIR

Sé muy bien que os sentiréis intranquilos porque hace muchísimo tiempo que no escribo.

Mi madre debe de estar muy enfadada, y sin duda Clara pensará que llevo una vida desenfrenada y que olvido a mi dulce ángel, cuya imagen llevo profundamente grabada en mi memoria. Pero se equivoca. Pienso en todos vosotros cada día, y contemplo el encantador rostro de Clara, con su inocente sonrisa y sus ojos claros, igual que cuando regresaba a casa... Sin embargo, ¡cómo voy a escribiros en mi estado actual!... ¡Me ha ocurrido algo espantoso! Oscuros presentimientos de un hado fatal se ciernen sobre mí como negros nubarrones impenetrables a la luz del sol... Necesito contarte lo que me ha sucedido; sin embargo, sólo de pensarlo se me hiela la sangre... ¡Ah, mi querido Lothair!

¡Qué puedo decirte para que comprendas, siquiera de un modo aproximativo, que lo que me ocurrió hace algunos días ha trastornado por completo mi vida! Si estuvieras aquí, tú mismo podrías verlo; no obstante, estoy seguro de que me consideras un supersticioso visionario... En resumidas cuentas, el espantoso acontecimiento que me sucedió, y cuya tremenda impresión en vano me esfuerzo en olvidar,

no es otra cosa sino que hace días, precisamente el 30 de octubre, a las doce del mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi casa para ofrecerme su mercancía. No le compré nada, y le amenacé con tirarle escaleras abajo, cosa que no hice gracias a que él se retiró prudentemente.

Acertarás al suponer que en algunos acontecimientos decisivos de mi vida tuvo influencia este suceso, pues fueron funestas mis relaciones con la persona de aquel malvado traficante.

La cosa fue así: Pero no, antes quiero referirte algunos detalles de mi primera infancia, a fin de que comprendas todo y te hagas idea de lo que sucedió. Me parece verte riendo y oigo a Clara decir:

«¡Pero, qué niñerías!». ¡Ríete, sí..., ríete de mí todo lo que quieras..., te lo suplico...!

Pero, por Dios, los pelos se me ponen de punta cuando te pido que rías, pues verdaderamente estoy loco y desesperado como Franz Moor ante Daniel^[1]. Pero ¡vamos al asunto!

En aquel tiempo, mi hermana y yo no solíamos ver a nuestro padre más que a las horas de comer, pues los negocios parecían absorber toda su actividad; poco después de cenar, todas las noches íbamos con nuestra madre a sentarnos alrededor de la mesa redonda de la habitación donde trabajaba mi padre. Mi padre encendía su pipa y llenaba hasta el borde un inmenso vaso de cerveza, y nos refería una infinidad de maravillosas historias; durante la narración se apagaba la pipa y yo me alegraba mucho de ello, porque estaba encargado de encenderla cuando eso sucedía. A menudo, si no estaba de muy buen humor, nos daba libros muy bonitos con estampas preciosas, y él se recostaba en un sillón de encina, lanzando con febril actividad bocanadas de humo, de forma que desaparecía de nuestra vista como envuelto tras una espesa niebla.

Aquellas noches, mi madre se ponía triste y, cuando el reloj daba las nueve, nos decía:

«¡Niños, a la cama, que viene el hombre de la arena!». Apenas pronunciaba estas palabras, oía yo en la escalera el ruido de unos pasos pesados: debía de ser el hombre de la arena.

Cierta noche, aquel rumor fantástico me atemorizó más que de costumbre y pregunté a mi madre: «Mamá, ¿quién es ese hombre de la arena, que siempre nos obliga a salir de la habitación de papá?».

«No hay hombre alguno de la arena, querido hijo —repuso mamá—: cuando digo que viene el hombre de la arena, únicamente quiero decir que tenéis sueño y que cerréis los ojos como si os hubieran echado arena». La respuesta de mi madre no me satisfizo, y en mi espíritu infantil arraigóse la convicción de que se nos ocultaba la existencia del personaje para que no tuviéramos miedo, pues siempre le oía subir la escalera.

Dominado por la curiosidad, y deseoso de saber alguna cosa más precisa sobre el hombre de la arena y sus relaciones con los míos, pregunté finalmente a la anciana que cuidaba de mi hermanita quién era aquel ser misterioso: «¡Ah, Thanelchen! —me contestó—. ¿No le conoces? Es un hombre muy malo, que viene en busca de los niños cuando se niegan a acostarse y les arroja puñados de arena a los ojos, los encierra en un saco y se los lleva a la luna para que sirvan de alimento a sus hijitos; éstos tienen, al igual que los mochuelos, picos ganchudos, y con ellos devoran los ojos de los niños que no son obedientes».

Desde que oí eso, la imagen del hombre cruel de la arena se fijó en mi mente bajo un aspecto horrible, y apenas oía por la noche el ruido que hacía al subir me estremecía de espanto. «¡El hombre de la arena! ¡El hombre de la arena!», exclamaba yo, corriendo a refugiarme en la alcoba; y durante toda la noche me atormentaba la terrible aparición. Ya mayor, yo comprendía muy bien que el cuento de la anciana sobre el hombre de la arena y sus hijos en la luna podía no ser verdad; sin embargo, ese personaje seguía sien-

do para mí un fantasma terrible, y me espantaba cuando le oía subir la escalera, abrir bruscamente la puerta del gabinete de mi padre y cerrarla después. Algunas veces pasaban varios días sin que viniera, pero luego sucedíanse sus visitas. Eso duró algunos años y nunca pude acostumbrarme a la idea del odioso espectro, cuyas relaciones con mi padre me preocupaban cada día más. No me atrevía a preguntarle a mi padre quién era, aunque siempre traté de averiguar el misterio, de ver al fabuloso hombre de la arena, y a medida que pasaban los años era mayor mi deseo. El hombre de la arena me conducía a la esfera de lo maravilloso, de lo fantástico, idea que tan fácilmente germina en el cerebro de los niños.

Nada me agradaba tanto como oír o leer cuentos de espíritus, de hechiceros y de duendes; pero a todo eso se anteponeía el hombre de la arena, cuya imagen dibujaba yo con yeso o carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes, representándolo bajo las figuras más extrañas y horribles.

Cuando tuve diez años, mi madre me retiró de la habitación de los niños y me instaló en un cuartito que comunicaba con un corredor, cerca del gabinete de mi padre. Todavía entonces sabíamos que debíamos acostarnos cuando, al dar las nueve, oyésemos los pasos del desconocido. Desde mi habitación le oía entrar en la de mi padre, y poco después me parecía percibir un olor extraño. Con la curiosidad se despertó en mí el valor suficiente para trabar conocimiento con el hombre de la arena; muchas veces me deslizaba con la mayor ligereza desde mi cuarto al corredor cuando mi madre se había alejado, pero sin lograr descubrir nada, pues el hombre misterioso siempre había entrado cuando yo llegaba al sitio donde hubiera podido verle al pasar. Finalmente, llevado por un impulso irresistible, resolví esconderme en el gabinete de mi padre y esperar la llegada del hombre de la arena. Cierta día, por el silencio de mi padre y la tristeza de mi madre presentí que el hom-

bre misterioso vendría; con el pretexto de estar muy cansado salí de la habitación un poco antes de las nueve y me oculté en un rincón. Poco después, la puerta de la casa se abrió rechinando y se cerró; un paso lento resonó en el vestíbulo dirigiéndose hacia la escalera: mi madre pasó junto a mí con mi hermana. Entonces abrí suavemente..., suavemente la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, silencioso e inmóvil, de espaldas a la puerta, y no me vio. Un momento después me oculté en un armario destinado a colgar ropa, que sólo se cubría con una cortinilla. Los pasos se aproximaban..., cada vez más cerca... La campanilla resonó con estrépito.

El corazón me palpataba de temor y ansiedad... Junto a la puerta se oyen los pasos... y la puerta se abre bruscamente. No sin hacer un esfuerzo, me atrevo a entreabrir la cortina con precaución. El hombre de la arena está delante de mi padre y la luz de los candelabros se proyecta en su rostro... Aquel ser terrible que tanto me espanta es el viejo abogado Coppelius, que come algunas veces en casa. La figura más abominable no me hubiera causado tanto horror como la suya.

Figúrate un hombre alto, ancho de hombros, con una cabeza disforme, rostro apergaminado y amarillento, cejas grises muy pobladas, bajo las cuales brillaban los ojos de gato, y nariz larga que se encorvaba sobre el labio superior. La boca, algo torcida, se contraía a menudo con una sonrisa irónica; dos manchas de color rojizo coloreaban entonces los pómulos y, a través de los dientes apretados, se escapaba una especie de silbido.

Coppelius vestía siempre levita de color gris, cortada a la antigua, chaleco y calzón del mismo estilo, medias negras y zapatos de hebillas. Su peluca, muy pequeña, apenas cubría la parte superior de la cabeza, de modo que los tirabuzones no llegaban ni con mucho a las orejas, muy grandes y coloradas, y en la nuca quedaba descubierta la hebilla de plata que sujetaba su corbata raída. En fin, toda